



**BIBLIOTHECA
MEXICANA**

Ensayos a partir de las líneas
de investigación del Instituto
de Investigaciones Bibliográficas

LUCES Y SOMBRAS EN EL IMAGINARIO MEXICANO: “EL AQUELARRE” DE RAFAEL DE ZAYAS ENRÍQUEZ

Omar Ortiz Villalva

*¿De qué se admira? ¿Acaso Dios se asombra
al ver a Satanás en la negrura,
si guardó para sí cuanto fulgura
y al otro dio la sombra?*

Rafael de Zayas, “Tu resguardo”

*[...] palpita en mi alma una balada
de doloroso ritornelo.*

José Juan Tablada, “Misa negra”

Dentro de la rica historia literaria de México, es común toparse con reveladores hallazgos. Tal es el caso del semanario *El Pendón Liberal. Periódico de Política, Literatura, Ciencias y Anuncios*. En el contexto del proyecto “Publicaciones periódicas mexicanas: 1877-1911”, y tras una meticulosa revisión, se encontró un intrigante relato de terror titulado “El aquelarre”, firmado por Rafael de Zayas Enríquez. Esta narración, presente en la edición del 11 de abril de 1892, ilustra la versatilidad y riqueza del panorama literario de aquel tiempo.

El Pendón Liberal, con una breve existencia que abarcó desde marzo de 1892 hasta mediados de 1893, se destacó no sólo por su firme respaldo

al régimen de Porfirio Díaz durante las elecciones de ese año, sino también por una visión que miraba más allá de la mera coyuntura electoral. Sus páginas albergaron las colaboraciones de eminentes figuras literarias y políticas. Si bien tenía un enfoque político, el semanario también se consolidó como una plataforma de difusión cultural, en la que resplandecían las obras de destacados escritores locales, así como traducciones de renombrados autores internacionales, entre ellos Víctor Hugo, Edmundo de Amicis y Guy de Maupassant.

Rafael de Zayas Enríquez, prominente figura del siglo XIX en México, destacó en campos como política, jurisprudencia, diplomacia, periodismo y, sobre todo, en literatura. A pesar de la relevancia e influencia que ejerció durante el Porfiriato, su valiosa contribución literaria ha sido injustamente relegada al olvido. Su afinidad por el género romántico-gótico, ejemplificado en obras como “El aquelarre”, junto con su profunda conexión con la literatura germánica adquirida durante su estancia en Berlín, consolidan un legado literario de suma importancia.¹

En relatos como “El aquelarre”, Zayas Enríquez no sólo cimienta su posición, sino que también refleja un rico tejido del panorama literario mexicano de finales del siglo XIX. En lugar de centrarme exclusivamente en él, me adentraré en esta obra con el propósito de esbozar su lugar en la evolución de la literatura fantástica y de terror en México. Fortino Corral-Rodríguez, en *La narrativa fantástica en México*, ha ilustrado cómo esta tradición, desde sus raíces en la oralidad, ha madurado hacia una forma más consolidada, siendo moldeada tanto por el folclore mexicano como por corrientes europeas.² Además, el siglo XIX, influenciado por el Romanticismo, trajo consigo una apreciación renovada de lo fantasmagórico, algo que Vicente Quirarte

“

‘El aquelarre’, en particular, es una muestra palpable de esta síntesis literaria, al enlazar la oscuridad del romanticismo europeo con meticulosas descripciones del paisaje rural de Veracruz...

”

y Bernardo Esquinca resaltaron en el prólogo de la antología *Ciudad fantasma*, contrastando cómo, mientras el siglo XVIII valoraba las luces de razón, el XIX exaltaba lo espectral.³

Durante este periodo, notables literatos como José Justo Gómez, conde de la Cortina; José Bernardo Couto; Manuel Payno; Guillermo Prieto; Justo Sierra O'Reilly; José Joaquín Pesado, Vicente Riva Palacio, entre otros, tejieron en sus obras una mezcla de leyendas prehispánicas y coloniales, infundiendo elementos esotéricos

y racionalistas propios del positivismo.⁴ “El aquelarre”, en particular, es una muestra palpable de esta síntesis literaria, al enlazar la oscuridad del romanticismo europeo con meticulosas descripciones del paisaje rural de Veracruz, subrayando la confluencia entre lo local y lo internacional en un momento de transformación en México. El ambiente nocturno de la narrativa, lejos de ser trivial, refleja la revalorización de los románticos, quienes, como sugiere Quirarte, veían en ella una puerta hacia realidades más misteriosas y profundas.⁵



Francisco de Goya, *El aquelarre* (1797-1798), Museo Lázaro Galdiano. Vía Wikimedia Commons.

Adentrándonos en la estructura de "El aquelarre", identificamos cinco secciones clave:

- **Ambientación nocturna:** en un camino entre Santiago y San Andrés Tuxtla, en Veracruz, el narrador reflexiona sobre la soledad y el terror.
- **Presagios en el paisaje:** serpientes, lechuzas y aves gigantes anticipan eventos por venir, mientras que un caballo, símbolo de la normalidad, manifiesta inquietud ante estas señales.
- **Hallazgo del ritual:** el narrador descubre un acto místico en el bosque, un dominio donde prevalece el poder y la magia.
- **Danza del sacrilegio:** Satanás preside una grotesca parodia de la misa, una demostración palpable de corrupción y profanación.
- **Condena y redención:** aunque el narrador sufre un castigo al interrumpir el ritual, encuentra la salvación en la llegada del amanecer, pronunciado por el canto del gallo.

Rafael de Zayas, marcado por la literatura gótica europea, refleja en su obra las influencias de Poe y Shelley, especialmente en su enfoque del terror. Es bien sabido que Zayas Enríquez tenía un particular interés en Poe, a quien mencionó en múltiples ocasiones en sus escritos. De hecho, lo calificó como "el poeta de la inspiración terrorífica y macabra", reconociendo que Poe "llevó el género a su cúspide, tanto en prosa como en verso".⁶

Relatos como "El aquelarre" de Rafael de Zayas Enríquez ofrecen una perspectiva única sobre la convergencia cultural y literaria en el México del siglo XIX. Su estructura meticulosa y rica en detalles refuerza la habilidad narrativa de Zayas Enríquez, quien actúa como un puente entre las tradiciones europeas y las características distintivas mexicanas. Al incluir elementos como

la oscuridad de la noche y rituales misteriosos, el autor destaca la dualidad inherente a la literatura de esa era, especialmente las tensiones entre lo conocido y lo desconocido. Esta obra nos invita a reflexionar sobre el vasto panorama literario mexicano y su relación con tendencias globales. "El aquelarre" no sólo celebra el arte narrativo, sino que también subraya el potencial de la literatura para descifrar aspectos ocultos de la condición humana.

Rafael de Zayas, marcado por la literatura gótica europea, refleja en su obra las influencias de Poe y Shelley, especialmente en su enfoque del terror.



Segunda plana de *El Pendón Liberal. Periódico de Política, Literatura, Ciencias y Anuncios*, 11 de abril de 1892, en la que apareció originalmente el relato.

EL AQUELARRE⁷

I

Aquellos que viajan solos en medio de la noche por el campo, á caballo ó á pie, por poca imaginación que tengan, no podrán menos de forjarse algunas de esas leyendas fantásticas, que siempre se recuerdan con placer. Así son casi todas las cosas del mundo, pues á no ser que las impresiones dejen una profunda huella de dolor, al contemplarlas, bajo el prisma encantado de los recuerdos, aparecen adornadas con atavíos que en realidad no tenían.

Era el otoño del año de 1871, y la noche me había sorprendido en el camino que conduce de Santiago á San Andrés Tuxtla, poblaciones del Estado de Veracruz.

Esos mil ruidos de la tarde, precursores del reposo en que va á entrar la naturaleza, se habían ido extinguiendo poco á poco hasta quedar las selvas que adornan las montañas, envueltas en el más profundo silencio; silencio que sólo interrumpía de vez en cuando el susurro de una brisa intermitente entre las hojas de los inmensos árboles, y que se hubiera podido tomar por la respiración pausada de aquellas montañas sumergidas en el sueño.

Alguna que otra ave nocturna cruzaba ante mí, sin ruido, como si sus alas no batieran el aire, como si no fueran más que una sombra proyectada por un objeto distante.

¡Qué horrible es el silencio! No hay nada que imponga tanto como la soledad, pues ella basta para engendrar el pavor en el alma mejor templada. Si el infierno existiera, no sería más que una vastísima selva apenas alumbrada por la débil luz sideral, donde las almas vagaran eternamente, sin encontrarse jamás. Allí no se tendría más compañera que la conciencia sublevada, presentando de continuo ante nuestros

ojos los cuadros horrendos del crimen, alumbrados por esa luz sombría de los recuerdos desgarradores. Allí el remordimiento dejaría de ser una paradoja. —Sombra y misterio, ese es el peor castigo para el culpable; aunque hay quien asegure que es también el único lenitivo para el corazón enfermo.

Yo declaro solemnemente que lo único que me espanta de la muerte, es el silencio de la tumba. Por eso, como Byron, quiero que me entierren á orillas del mar. La voz inmensa y nunca muda del coloso, arrancaría á las cenizas de su eterna meditación.

El silencio, como el vacío, es la negación absoluta del sér, y yo no quiero en vida encontrarme en presencia de esa negación.

Ved al caminante retardado en el sendero: cuando le sorprende la noche, canta; pero con una voz lúgubre que demuestra que la alegría no toma parte en esa manifestación. Canta sólo para hablar con fuerte acento al espacio; canta para despertar al eco y no encontrarse solo.

El eco es siempre un compañero.

Tal vez por eso se le encuentra en los lugares menos frecuentados por el hombre.

II

Mi caballo se detuvo, se estremeció poderosamente, desazonándose. Esto me sacó de mis meditaciones, me fijé en la tierra, buscando la causa del espanto de mi corcel, y vi una inmensa serpiente negra que se escondía en el lindero del bosque.

En ese momento oí la voz lúgubre de la lechuzca, por tres veces. Era un chillido metálico y poderoso que sólo podría comparar al clamor de la trompeta del juicio, convocando á los muertos en el valle de Josafat.

El eco repetía al eco aquellas fatídicas notas que se perdieron á lo lejos, y poco después vi á

un ave gigantesca, de alas inmensas, atravesar el aire, sobre mi cabeza con una rapidez vertiginosa. Sus ojos parecían la linterna de una locomotora, y arrojaban focos de luz que debían verse á muchas millas.

En pos de aquella ave desconocida para mí, volaban tres vampiros, cuyo tamaño me hubiera mirado en otra ocasión.

Hiné la espuela en el higo de mi caballo y seguí mi camino á trote largo, con la cabeza baja y los ojos medio cerrados.

La luna empezaba á surgir de entre las ondas del seno mexicano, y rodaba lentamente sobre un cielo purísimo, opacando con su luz el fulgor de las estrellas.

Pero no era aquella luna la que yo había visto siempre. Su resplandor era rojizo, y á su luz aparecía la tierra cubierta de un tinte sangriento.

El viento empezó á silbar de una manera prolongada entre las ramas de los árboles, que parecían descarnados espectros puestos en pié, y extendían sus brazos deformes, como las repugnantes antenas de una araña de agua, para atraparme.

—¡Huye! ¡Huye! murmuraba el viento á mis oídos; y mi corcel relinchaba con espanto, sacudía las crines y se lanzaba á través de las cuevas con una furia loca.

Y se volvieron á oír por tres veces los gritos de la lechuza, y los ecos le contestaron de todos los puntos del horizonte, con millares de voces; pero cerca, muy cerca de mí; y los árboles alargaron más sus brazos; y el fulgor de la luna era más ensangrentado; y crecía la fuerza del viento, gritándome con estentórea voz, en su rebramar profundo: —¡Huye, huye! y el caballo, sin obedecer al freno corría, haciendo volar los guijarros del camino á su rededor.

Un vampiro pasó tan cerca de mí, que rozó con la punta de una de sus alas la cabeza del caballo.

Este lanzó un relincho espantoso... y vi que

la cabeza, reducida á polvo, iba cayendo poco á poco.. pero seguía corriendo el corcel.

Otro vampiro lo tocó de nuevo; el animal dió un salto y toda la parte delantera cayó, como la cabeza.... pero lo que quedaba siguió su carrera.

El tercer vampiro lo tocó á su vez, y el cuarto trasero se deshizo también....

Caí al suelo, me puse en pie, y hui á refugiarme en el bosque....

—¡Huye, huye! retronaba el viento que soplaba con el furor del huracán.

III

Llegué á un lugar del bosque donde los árboles eran tan corpulentos, que parecían mecer sus copas en la región de las nubes.

Sus troncos retorcidos formaban una inmensa plazoleta, en cuyo centro se elevaba una roca negra, de una forma y de un tamaño raros.

¡Extraño espectáculo!

No podía dar crédito á mis ojos, á pesar de que ya debían estar acostumbrados á lo inverosímil.

¡Oh! Aquello era una pesadilla horrible, que se prolongaba demasiado.

Sobre la roca estaba posada el ave gigantesca, cuyos ojos eran de fuego.

A su rededor revoloteaban infinidad de vampiros y de búhos, haciendo evoluciones incomprendibles, y formando un concierto que bien podía oírse á una distancia de cien millas.

De repente una voz de trueno, una voz sin igual de la que sólo podría darnos idea la caída de los cinco océanos unidos en una sola catarata, pronunció:

—EL AQUELARRE!! EL AQUELARRE!!

—EL AQUELARRE! repitieron en coro más atronador aún los demás huéspedes de la plazoleta.

IV

Satanás estaba sentado en un trono de ébano.

Una diadema de fuego ceñía sus sienas.

Sus ojos lanzaban dos focos de luz eléctrica.

Delante de él desfilaban, dando pequeños saltos, millares de brujas que al llegar al frente del rey del fuego, le hacían una reverencia y le besaban el casco izquierdo.

Yo contemplaba aquella transformación de escena, con asombro indefinible.

Después que todas hubieron desfilado en silencio, Satanás se puso en pié, abrió la boca, y dos relámpagos brotaron de ella.

—La cena, querían decir.

E inmediatamente quedó, transformada en sala de festín la plazoleta del bosque.

En platos de tamaño colosal aparecían dragones asados, nadando en una salsa de betún encendido.

Las brujas y los brujos se sentaron á la mesa y devoraron en breve tiempo los escamosos brutos que les servían de manjar.

Satán lanzó un nuevo relámpago. —Sí, bebamos, dijeron sus comensales.

Y llenaron sus copas de lava incandescente y de metales en fusión.

Lanzaron tres aullidos prolongados y apuraron el líquido saboreándolo como si fuese el más exquisito Chambertin.

Concluida la cena desaparecieron las mesas. Satán arrancó un corpulento árbol, hizo de él en el instante una flauta y comenzó á tocar un *Can Can* infernal, que las parejas bailaron de una manera tan desenfrenada que Hecate se envolvió en un velo de nubes, para no contemplar la escena y sus consecuencias.

La Courtille de París se hubiera conjestionado de rubor.

Los ojos de Satán se apagaron.

Cada nota que salía de la flauta era un vicio que volava á apoderarse de alguna pareja, para aguijonearla.

Las carcajadas estridentes, los repugnantes suspiros, los impuros ósculos que resonaban, se unían á la satánica música, formando una armonía *asesinante*.

Multitud de serpientes enroscadas hasta la mitad del cuerpo en la rama de los árboles, bala-ceaban la otra mitad de una manera lánguida, en el aire lanzando silbidos agudos, como si se encontraran en la irritación más frenética.

Otros reptiles de repugnantes formas y jamás vistos por hombre alguno, saltaban en medio de los danzantes.

Los árboles se estremecieron, sus hojas cayeron secas al instante, las flores cerraron sus cálices y cayeron marchitas; la atmósfera se hizo insoportable; una brisa de fuego, incesante, soplabla en aquella plazoleta, como si fuera el respiradero de un volcán la que exhalara.

Después la música cesó, hubo un momento de silencio profundo y de obscuridad completa.

Enseguida los ojos de Satán brillaron de nuevo. Los que habían asistido al Sabbath se pusieron en pie.

Tres relámpagos salieron de la boca del monarca, y el trueno dijo: *La Misa Negra*.

V

Satán se revistió pará decir la misa.

La roca quedó en un instante convertida en un altar y dos de aquellos seres infernales le ayudaron en su sacrílega tarea.

Todos los concurrentes se pusieron de rodillas.

El demonio comenzó la ceremonia.

En los momentos de la consagración uno de los acólitos le ofreció un cuervo negro en vez de hostia, y la sangre de una cabra que allí mismo degollaron, en vez de vino.

El altar estaba adornado con un círculo cabalístico que hacía las veces de crucifijo y lo

alumbraron algunos pinos arrancados de raíz y encendidos como blandones de colosal tamaño.

Cuando la misa llegó al fin, Satanás tomó uno de los hachones, lo aplicó á su cabellera y empezó á arder, arrojando una columna de humo que se prolongaba en espiral.

Su cuerpo se fué consumiendo lentamente hasta quedar convertido en estatua de cenizas.

Las brujas entonaban entre tanto una canción lúgubre.

Después se disponían á partir, cuando una de ellas lanzó un grito especial, y señalando con el dedo hácia el lugar donde yo estaba oculto, murmuró:

—¡Profano!

Esta gente era más lacónica que un espartano.

Al momento se lanzó aquella jauría sobre mí.

Quise huir, y me fué imposible.

Quise implorar compasión; pero la lengua muda parecía estar pegada al paladar.

Se acercaban lentamente á mí, la sangre refluía al corazón con violencia..... ¡Oh! Creí morir de espanto.

Llegaron, formaron un círculo en mi rededor, círculo que cada vez se en estrechaba más, y empezaron á entonar otra canción lúgubre, espantosa.

No había modo de escapar; el círculo de brujas giraba con una rapidez vertiginosa.

Todas alargaban sus brazos descarnados hacia mí, sin tocarme; acercaban sus rostros repugnantes enseñándome una doble hilera de dientes triangulares; las órbitas de sus ojos lanzaban miradas cariñosas de gula.

Aquella era la danza de los canívaes que se disponían á devorar su presa.

Una, más osada que las otras, posó sus garras en mis hombros. Sentí las uñas entrar en mi carne, como si fueran de acero.

Sufrí el vértigo; apenas podía respirar.

Otra llegó y me dió un beso en la megilla; sus dientes penetraron en la carne también, dejan-

do sangrientas huellas.

La multitud se lanzó sobre mí, para absorber voluptuosamente la sangre que corría.

La escena entonces llegó al punto más culminante del horror.

Las uñas, los cabellos todos me fueron arrancados lentamente, y á cada poro que sangraba, venía una de aquellas brujas nauseabundas á aplicar sus labios.

¡Como que se disputaban la presa unas á otras!

Mi vista se oscurecía, apenas palpitaba mi corazón, ya me sentía completamente desfallecido, cuando oí una voz que dijo:

—El cerebro, el cerebro para mí, que soy la más vieja de todas.

Y con sus uñas cortantes empezó á escarpelarme, arrancándome la piel del cráneo, y ya se disponía á romperlo con una piedra pesada cuando se oyó la voz penetrante de un gallo cantar á lo lejos, y otras voces, y otras voces saludar en coro á la naciente mañana.

Entonces las brujas se levantaron espantadas.

—La aurora! prorrumpieron juntas. Tomaron sus mangos de escoba, cogieron un puñado de las cenizas en que se había convertido Satán, y desaparecieron en el espacio entonando una canción de despedida en espantoso concierto.

Yo me desmayé.....

R. DE ZAYAS ENRÍQUEZ

Notas

- ¹ Ignacio Manuel Altamirano destaca que “Zayas ha residido en Europa, y especialmente en Alemania; mucho tiempo se ha dedicado con asiduidad y con gusto al estudio de esa rica y hermosa lengua, y de esa grandiosa y profunda literatura [...] Él aprendió el alemán y residió en Prusia en un tiempo en que las impresiones que se reciben quedan grabadas más hondamente que las que vienen después [...] lo excitamos ya que él posee, afortunadamente, un conocimiento que falta aquí, como es el idioma alemán, a que haga estudios sobre los grandes escritores alemanes, traducciones de aquellas obras maestras que apenas conocemos, con lo cual prestará un servicio inmenso a la literatura mexicana, porque se enriquecerá con nuevos monumentos”, véase Esther Hernández Palacios, “Rafael de Zayas Enríquez”, *Ulúa. Revista de Historia, Sociedad y Cultura* 9, núm. 17 (enero-junio de 2011): 86-87.
- ² Fortino Corral-Rodríguez, “La narrativa fantástica en México: Época moderna” (tesis de doctorado, The University of Arizona, 2000), 44-45.
- ³ Bernardo Esquinca y Vicente Quirarte, prólogo a *Ciudad fantasma. Relato fantástico de la Ciudad de México* (XIX-XXI), antología de Bernardo Esquinca y Vicente Quirarte (México: Almadía, 2020).
- ⁴ Sergio Armando Hernández Roura, “La recepción e influencia de Edgar Allan Poe en México (1859-1922)” (tesis de doctorado, Universidad Autónoma de Barcelona, 2016), 42-46.
- ⁵ Vicente Quirarte, “Historias de la noche”, en *Historia de la noche. Imaginarios, representaciones y prácticas nocturnas en México, España y Portugal, siglos XVI-XX*, ed. de Miguel Ángel Castro; coord., de Lillian Briseño Senosian y Daniel Pérez Zapico (México: UNAM, IIB / Tecnológico de Monterrey, 2021), 12.
- ⁶ “Edgar Allan Poe”, *El Abogado Cristiano Ilustrado*, 28 de enero de 1909: 5, citado en Hernández Roura, “La recepción e influencia...”, 223.
- ⁷ *El Pendón Liberal. Periódico de Política, Literatura, Ciencias y Anuncios*, 11 de abril de 1892: 2. En la transcripción se respetó la puntuación, el uso de la ortografía, y el tipo de firma del original.